

KEYNES, EUROPA, LA IZQUIERDA.

ESTE ARTICULO SALDRA PROXIMAMENTE PUBLICADO EN VIENTO SUR

Por Maxime Durand.

Dado que los partidos socialdemócratas se refieren en su programa a la necesidad de políticas de inspiración keynesiana, y que esos mismos partidos están en el gobierno de la mayor parte de los países de la Unión europea, se plantea una pregunta: ¿porqué, en todas partes, el triunfo del liberalismo, porqué, en ninguna parte, políticas de relanzamiento?. La respuesta no es ciertamente que el primero habría probado sus bondades y que los segundos habrían demostrado su ineficacia.

Es un punto de método esencial asegurar una coherencia entre los análisis de la crisis y la soluciones contempladas para salir de ella: no se puede diagnosticar una enfermedad grave y recetar una aspirina. Tal es el principio sobre el que se apoya la siguiente presentación, a riesgo de esquematismo. Distinguiremos aquí dos "corpus" constituidos, definidos como dos conjuntos coherentes de análisis y propuestas. El primero será bautizado como keynesiano y el segundo como radical. Estos calificativos deberían evidentemente ser puestos entre comillas y no ser tomados al pie de la letra, sobre todo en lo que concierne a la referencia a Keynes. En cambio, el contenido de estos corpus sistematiza y relaciona un principio esencial de análisis y "soluciones". Como nos situamos evidentemente desde el punto de vista radical, nos permitiremos jerarquizar estos dos niveles de análisis hablando de un análisis superficial para el corpus keynesiano y más fundamental para el corpus radical.

KEYNESIANOS Y RADICALES.

El principio de análisis keynesiano consiste en designar el fenómeno de la financiarización como un objetivo. El capitalismo contemporáneo estaría ante todo caracterizado por el peso creciente ocupado por las finanzas, tanto en el reparto de las rentas como en las opciones de producción. Las finanzas rompen la demanda salarial de una doble forma: bloqueando los salarios, evidentemente, pero también reduciendo al mínimo el número de trabajadores, a causa de los criterios de rentabilidad impuestos a las empresas por los accionistas. Estos temas están ya presentes en Keynes que llamaba a la eutanasia de los rentistas. Pero se vuelven a encontrar expresados de forma brillante y visionaria en un artículo de 1943 de Michael Kalecki /1. El economista de Cambridge, contemporáneo de Keynes, describe en él un ciclo de la política económica en el que rentistas y patronos se alían para eliminar los aspectos desfavorables, desde su punto de vista, del pleno empleo.

¿Cuales son entonces las recomendaciones del corpus keynesiano? Su objetivo es relanzar la demanda, hacer saltar los impedimentos financieros que se oponen al crecimiento y a controlar las finanzas internacionales. Las tasas de interés, el presupuesto y la fiscalidad son las herramientas esenciales de una política alternativa. La bajada de la tasa de interés tiene por efecto, en una lógica muy keynesiana, restablecer la atractividad de la tasa de ganancia. El aumento de los gastos públicos y el aumento del déficit constituyen una segunda palanca para relanzar la demanda. Finalmente, los keynesianos añaden medidas reglamentarias a sus propuestas, por ejemplo bajo la forma de impuestos sobre el capital financiero o sobre las transacciones financieras, como la tasa Tobin. Estas propuestas se inscriben muy bien en la continuidad de Keynes que escribía en su Teoría general que "la creación de una pesada tasa del Estado que golpeará a todas las transacciones se revelaría quizá la más saludable de las medidas que permiten atenuar en los Estados Unidos el predominio de la especulación sobre la empresa"/2.

El corpus keynesiano es coherente en el sentido en que hemos definido la coherencia: las soluciones están en consonancia con el diagnóstico. Va de si que se opone al corpus neoliberal

actualmente dominante. Lo que más nos interesa, es relacionarle con lo que hemos decidido nombrar como corpus "radical", más que marxista, en la medida en que existen variantes que no se reclaman de la referencia marxista. Como su nombre indica, el corpus radical intenta ir a la raíz de los fenómenos y se sitúa a un nivel más fundamental. Su principio de análisis de la crisis remite a los límites y contradicciones asociados a la búsqueda de la ganancia como criterio dominante del cálculo económico. La crisis es pues sistémica en el sentido de que son los elementos constitutivos mismos del modo de producción capitalista los que hacen aparecer hoy sus contradicciones profundas. No se trata solo de efectos parásitos ligados a la financiarización. En estas condiciones, la coherencia radical adelanta medidas potencialmente anticapitalistas con un objetivo central que es asegurar la prioridad de la satisfacción de las necesidades. Para alcanzar ese objetivo, hay que introducir elementos de "desmercantilización" de la fuerza de trabajo que pueden tomar tres formas principales. Está en primer lugar el principio de contrataciones proporcionales acompañando a la reducción del tiempo de trabajo, afirmando la prioridad del pleno empleo sobre la rentabilidad máxima. Las reivindicaciones sobre la extensión de las formas de renta desconectadas del trabajo van en el mismo sentido, apuntando a reducir la naturaleza mercantil de la fuerza de trabajo. Finalmente, los servicios públicos representan una forma de socialización y de desconexión respecto a la rentabilidad que van en el mismo sentido. El planteamiento de esta perspectiva se inscribe en una lógica transitoria que hace pasar de la suma de las reformas de estructura a un proyecto anticapitalista de conjunto.

El interés de esta comparación entre los dos corpus es hacer aparecer una jerarquía más que una oposición. El corpus radical domina y engloba el punto de vista keynesiano porque se sitúa a un nivel de análisis más fundamental. Limitándose a las apariencias de los fenómenos, el corpus keynesiano tiende a invertir las determinaciones: la financiarización es entendida como un proceso autónomo que viene a influir sobre el crecimiento y el empleo. Para los radicales, es más bien a la inversa: la crisis sistémica del capitalismo fabrica el paro de masas, y el desarrollo es una forma de manifestación de la separación creciente que se crea entre los bienes sociales y los medios capitalistas de satisfacerlos.

Esta inversión de las determinaciones puede también ser interpretada como una confusión entre los objetivos y los medios, o en todo caso como una diferencia a la hora de señalar los objetivos. Casi sin caricaturizar podríamos decir que la bajada de las tasas de interés y la flexibilidad presupuestaria son bienes en sí, pues bastan en el fondo para garantizar el crecimiento y el empleo. Desde ese punto de vista, los keynesianos oponen una instrumentación del capitalismo simétrica a la de los neoliberales. En los dos casos, las capacidades de funcionamiento del sistema están virtualmente intactas. Basta, para restaurarlas, hacer saltar los obstáculos o distorsiones que las dificultan. Neoliberales y keynesianos no difieren más que sobre el origen del disfuncionamiento: es la rigidez del salario para unos, la de la tasa de interés para los otros.

Los keynesianos tienen pues un punto en común con los radicales, el de oponerse a los neoclásicos. ¿Hay entonces que adoptar una representación triangular?. Pensamos que no precisamente porque los corpus keynesianos y radical no son realmente antitéticos. Se podría decir al contrario que el corpus keynesiano está incluido en el corpus radical. Uno y otro difieren en razón de su perímetro de coherencia y se encuentra aquí la distinción entre un planteamiento que se fija en los aspectos externos y otro que va a los fundamentos. Eso quiere decir que los ejes políticos del corpus radical no se oponen a las preconizaciones keynesianas sino que las engloban. Se puede ver esto considerando las tres principales recomendaciones keynesianas: déficit presupuestario, bajada de las tasas de interés, regulación financiera.

Al déficit presupuestario preconizado por los keynesianos, el corpus radical opone o añade el proyecto de un impuesto excepcional sobre las fortunas con el objetivo de equilibrar la deuda pública. En un caso, el déficit es deseable en sí, en el otro, es la estructura de financiación lo que cuenta. Sin embargo, desde hace varios años, el déficit resulta del hecho de que las rentas del capital están cada vez menos sometidas a impuestos, y la deuda pública representa una enorme renta garantizada a los ahorradores ricos. Tal déficit representa de hecho una forma indirecta de repartir de forma desigualitaria la riqueza producida, y no se pueden ver solo ventajas en ello. El

aumento de los gastos públicos debe corresponder a un aumento de los presupuestos sociales garantizado por una reforma fiscal centrada en la imposición de las rentas del capital.

A la bajada de las tasas de interés, el corpus radical opone o añade la idea de la reducción del tiempo de trabajo como forma privilegiada de relanzamiento y de redistribución del valor añadido. Es un análisis ya clásico el que establece que la no reducción del tiempo de trabajo ha provocado, en un mismo movimiento, el crecimiento del paro de masas y el alza de las tasas de interés. Para bajar las tasas de interés y atacar la financiarización, hay que enfrentarse no solo al efecto sino también a las causas. El mejor medio de desinflar la burbuja financiera, es aumentar la parte de los salarios con ocasión de una reducción masiva del tiempo de trabajo.

Al control de los flujos financieros, el corpus radical opone o añade la defensa y promoción de los servicios públicos alrededor de la noción de apropiación social. Si todos los problemas provienen del parasitismo de las finanzas, entonces un aparato de tasas y de reglamentos bastará para restablecer el funcionamiento de la economía. Es una vez más una posición coherente. Pero si se plantea un análisis más profundo, se descubre que el movimiento de las privatizaciones corresponde a una voluntad de desocializar la oferta de servicios y de volver a ganar un espacio para la mercancía, entonces la alternativa debe introducir elementos de la puesta en cuestión de las formas privadas de propiedad. Se encuentra aquí la idea de una opción esencial por un tipo de sociedad que versa sobre la extensión de la esfera mercantil. En particular, ¿hay que flexibilizar hasta el final el mercado de trabajo, de forma que se elimine todo, o casi todo lo que hace de él una mercancía no verdaderamente como las demás?. O bien, ¿hay que desmercantilizar el empleo estableciendo normas sobre la contratación y desconectando la renta de los caprichos del mercado de trabajo?. Son dos vías completamente opuestas, incluso si esta oposición está enmascarada por la confusión mantenida sobre la realidad de las opciones disponibles. Hay por ejemplo un discurso sobre la actividad que puede cubrir una política de liquidación del contrato de trabajo o al contrario alimentar una reflexión potencialmente progresista sobre su ampliación bajo forma de contrato de actividad-formación.

Una vez más, no se debe sacar, de esta oposición punto por punto entre corpus keynesiano y corpus radical, la conclusión de que se debe elegir entre los dos. Nos parece al contrario que se puede ser keynesiano sin ser radical, pero que no se puede ser radical sin incorporar las propuestas del corpus keynesiano: no hay contradicción lógica entre los dos proyectos.

¿KEYNESIANOS SIN SABERLO?

Se puede pasar entonces a una cuestión más enigmática y más difícil: si el corpus keynesiano es coherente y viable, ¿porqué no es hoy puesto en marcha por los gobiernos socialdemócratas de los que debería ser sin embargo el programa "natural"?. Va de si que este corpus keynesiano estructura los programas de la social-democracia, pero es forzoso constatar también que esos programas no son aplicados. La dimensión europea es un elemento clave de la respuesta que los propios socialdemócratas habían dado a esta cuestión. Su argumento central ha sido desde hace varios años que había que construir Europa como previo a la puesta en marcha de tales políticas. Es un postulado fundamental que ha justificado principalmente la aceptación de Lionel Jospin del tratado de Amsterdam. No haremos mas que una cita ilustrando esta lógica. Está sacada de Francois Hollande: "No vivimos la Unión Europea como el fin de las opciones económicas, sino que concebimos Europa como la conclusión de una política macroeconómica que debe permitirnos encontrar márgenes de maniobra y una eficacia real de las políticas coyunturales. El keynesianismo sale más reforzado que debilitado de la construcción de la Unión europea" /3.

La idea de que la puesta en marcha del euro era un previo necesario es eminentemente discutible. Pero, ahora que ya está realizada, ¿porqué no pasar a la acción?. Es ahí cuando interviene en el razonamiento un delicado eslabón intermedio que consiste en sostener que un programa eurokeynesiano es efectivamente posible y coherente. Utilizar la unificación europea

para relanzar la economía de forma conjunta, organizar gracias al euro una bajada de las tasas de interés, poner en marcha grandes programas de inversiones, incluso de vivienda social, todo eso representa una política factible. Si se toma como punto de comparación el relanzamiento operado por la izquierda francesa cuando subió al poder en 1981, se constata que el contexto es hoy muy diferente, en particular porque la famosa "presión exterior" no puede ya ser invocada. Y para bien mostrar que todo eso no es ficción, vale la pena reflexionar sobre las lecciones ocultas de la coyuntura francesa.

Uno de los misterios de la coyuntura francesa en 1998 puede ser simbolizado por las curvas que publica regularmente el INSEE, y que miden, a partir de encuestas, la moral de las familias y de los industriales. Como regla general, estas dos curvas evolucionan de concierto y siguen de cerca la coyuntura económica general. Pero el año 1998 es particularmente atípico pues las dos curvas se han puesto a divergir: la moral de las familias aumenta, la de los industriales se hunde. Por otra parte, la actividad económica permanece asombrosamente sostenida en un contexto europeo de desaceleración. El cuadro 1 permite explicar la razón común de lo anterior. Sin que nos demos verdaderamente cuenta, la economía francesa está probando una política de relanzamiento keynesiana. Esta no ha sido concertada, sino en un sentido sufrida, del lado de la inflación. ¿Qué muestra el cuadro?. El salario horario progresa en 1998 de la misma forma que los dos años precedentes, un 2,5 %. Pero la tasa de crecimiento de la inflación se desacelera: 2% en 1996, 1,2% en 1997, y 0,7% en 1998. De la misma, el poder de compra del salario progresa bastante claramente, de 1,6% en 1997 y 1,8% en 1998, lo que es claramente más que el medio punto de los años precedentes (0,6% en 1996). Dicho de otra forma, asistimos a un relanzamiento salarial adquirido gracias a la desaceleración de los precios y que permite medir la pertinencia de una política keynesiana.

Cuadro 1. La coyuntura económica en Francia

	1996	1997	1998
Salario horario	2,6	2,8	2,5
Precios	2,0	1,2	0,7
Poder de compra del salario horario	0,6	1,6	1,8
Empleos	0,3	0,8	2,2
Efecto de estructura	-0,1	-0,5	-0,6
Poder de compra de los salarios	0,8	1,9	3,4
PIB	1,6	2,3	3,2
Consumo	2,0	0,8	3,8
Saldo comercial* Caf/Fab	66	141	131

* Tasa de crecimiento anuales medio en % salvo * millardos de francos

Fuente: INSEE, Nota de coyuntura, marzo 1999

Esta política no desencadena, en efecto, ninguna de las nefastas consecuencias previstas por los neoliberales. La inflación continúa frenándose, y el excedente comercial que había sido dopado por las exportaciones en 1997 no ha retrocedido sino débilmente. La situación de las empresas no se ha "degradado" tampoco (desde el punto de vista de la ganancia) puesto que la parte de los salarios se ha estabilizado a un nivel históricamente muy bajo (59,9% en 1997 y 59,8 % en 1998). La tasa de autofinanciación de las empresas sigue siendo muy elevada: 114% en 1998 contra 116% en 1997. En definitiva, sin decirlo ni verdaderamente quererlo, la economía francesa ha adoptado desde hace dos años la regla planteada por Lafontaine según la cual el salario debe crecer a la misma velocidad que la productividad del trabajo. Esta regla viene a decir que la parte de los salarios en el valor añadido de las empresas permanece constante en lugar de bajar como ha ocurrido los últimos 15 años. Este relanzamiento por el consumo crea más empleos que cuando el crecimiento es producto de las exportaciones. Dicho de otra forma, cualesquiera que sean los indicadores utilizados, la política keynesiana demuestra su viabilidad. Está lejos de representar por sí misma una salida al paro de masas, pero funciona bastante bien. Hay ahí una constatación paradójica que dice mucho sobre la reflexión económica en Francia. La nota de coyuntura del INSEE de marzo de 1999 de la que están sacadas las cifras aquí comentadas está completamente obnubilada por las repercusiones de la crisis internacional, lo que es legítimo,

pero llega a olvidar completamente los resortes del crecimiento. En ninguna parte se ha señalado el impacto favorable del crecimiento del poder de compra de los salarios como uno de los rasgos importantes de la coyuntura reciente.

SOCIALDEMÓCRATAS PERO NO KEYNESIANOS.

Manifiestamente, la extensión y la sistematización de una política eurokeynesiana no están sin embargo al orden del día. Antes incluso del cese de Lafontaine en Alemania, habían sido dadas de forma muy clara varias indicaciones. La primera es evidentemente el Pacto de estabilidad que instala de forma duradera un corsé limitador de las políticas económicas. Sin embargo, era fácil de poner en cuestión el Pacto en la medida en que era simplemente considerado como un anexo al tratado de Amsterdam, sin haber sido integrado en él completamente. Esas argucias jurídicas disimulan mal, en cualquier caso, un acuerdo político de fondo. Esta sumisión a los criterios financieros se ve por otra parte confirmada por las apreciaciones hechas por la famosa Comisión de Bruselas sobre diferentes presupuestos nacionales. En un primer momento fue a Italia a quien se le reprochó construir un presupuesto sobre hipótesis de crecimiento demasiado optimistas, lo que, dicho sea de paso, era probablemente cierto. El gobierno italiano debería prever más la próxima recesión, so riesgo por otra parte, de precipitarla o de aumentarla. Yves-Thibault de Silguy, el comisario de asuntos económicos y monetarios, le pide un "esfuerzo suplementario por respetar los objetivos y los compromisos tomados" cuyo montante no duda en estimar en el equivalente de 25 mil millones de francos /4. Algunos días más tarde, el mismo Silguy criticaba los presupuestos francés y alemán. En sus previsiones, los dos países intentaban reducir el déficit público al 1% del PIB en el 2002 mientras que el Pacto de estabilidad preconiza la vuelta al equilibrio, dicho de otra forma, un déficit cero. La estrategia defendida es calificada de "mínima" y criticada por no ofrecer "ningún margen de seguridad". /5. Se ve claramente que es la línea dura la que domina en la Comisión en cuanto a la interpretación del Pacto de estabilidad.

Pero justamente: se da la coincidencia de que la Comisión se ha visto obligada a dimitir, incluyendo al señor de Silguy. ¿Quién iba a designar a la nueva Comisión? ¿Los electores? ¿El Parlamento?. Evidentemente no; son los gobiernos los que se han puesto de acuerdo en Prodi, a quien evidentemente la austeridad maastrichtiana se lo debía. Si los gobiernos hubieran querido preservarse de nuevos requerimientos, les habría bastado hacer de ello una condición de la designación de Prodi, por otra parte clon perfecto de Delors. De ninguna forma se ha tratado de eso, y este incidente ilustra claramente la comedia europea, en la que los gobiernos ponen cara de que les imponen más rigor unos tecnócratas a los que ellos mismos designan.

Si estos movimientos de tropas burocráticas no convencen, otra prueba tangible de la orientación social-liberal mantenida ha sido proporcionada por la discusión del presupuesto, y principalmente la reforma de la política agrícola común (PAC). Todos los gobiernos socialdemócratas se han apresurado, una vez hecho el euro, a pasar a las cosas serias y a trabajar sobre el presupuesto, en la gran tradición de Mme Thatcher y de su famoso "I want my money back"/6. Era un test perfecto de su apego al keynesianismo. Puesto que se trata de construir un espacio económico europeo, habría sido bastante lógico prever una extensión de fondos de armonización destinados a acompañar un reequilibrio por arriba. Se habría debido imaginar, y es lo que proponemos en lo que se refiere al presupuesto europeo, extenderle funcionalmente. Por ejemplo, se decide garantizar unas determinadas normas de salud pública, y se prevén entonces transferencias hacia los países menos ricos sobre la base de impuestos europeos unificados. Esta lógica de armonización estaba presente (hasta un cierto punto) en la PAC y en los fondos estructurales destinados a las regiones más desheredadas. Una socialdemocracia consecuente habría optado por consolidar esta lógica de armonización y generalizarla a otros sectores. Pero tan pronto como se ha presentado la ocasión, se han apresurado a hacer exactamente lo contrario.

Se podría citar también el discreto entierro de las ideas del Libro Blanco de Delors: no habrá grandes programas de infraestructura, ni programa sobre las autopistas de la información, y

tampoco gran crédito europeo para financiarlas, contrariamente a la (tímida) sugestión de Jospin. Quizá, a fin de cuentas, sea mejor. Pero lo que está volando en pedazos es claramente toda la ficción del eurokeynesianismo.

¡Y, sin embargo, sigue siendo su programa!. Los pasados 1 y 2 de marzo, se desarrolló en Milán el cuarto congreso del "Partido de los socialistas europeos" que adoptó un manifiesto y un texto a favor de un "Pacto europeo por el empleo". La lectura de este tipo de textos no es siempre gratificante, pero no es inútil extraer de ellos un cierto número de puntos destacados que definen efectivamente un eurokeynesianismo. La idea general es excelente: "Al nivel europeo, debemos definir una policy mix apropiada entre la política monetaria unificada, las posiciones de los quince presupuestos nacionales y la diversidad de los salarios y de las rentas en Europa". El texto recomienda a los "agentes sociales una política salarial en la que los aumentos de salarios estarían en función de la productividad". Más allá: "Un crecimiento más fuerte y tasas de interés bajas harían más fácil la consolidación (...) y una política presupuestaria europea puede jugar un papel más importante para reforzar estas nuevas prioridades (...), no es aceptable para los socialistas y social-demócratas que la integración de los mercados de capitales y de bienes conduzca a una competición fiscal desleal". Encontramos pues completamente lo que hemos optado por llamar un corpus keynesiano, en el que por otra parte se puede reconocer la mano de Lafontaine.

Hace poco más de un año, Lafontaine, que no era entonces más que Presidente del SPD, había publicado una tribuna que resumía su filosofía /7. Su punto de partida era una constatación de fracaso de la llamada política de la oferta que da la prioridad a la disminución de los costes. Le oponía un crecimiento fundado en un mayor dinamismo de la demanda interna y proponía la regla de una parte salarial constante. Establecía claramente el lazo con una reorientación de la construcción europea: "Con esta política presupuestaria seria y esta política salarial estable, se libera también la política monetaria permitiendo una política de tasas de interés favorables a la inversión. Esta nueva política debe inscribirse en una política europea coordinada para más crecimiento y nuevos empleos. El euro abrirá esta vía, en la estabilidad (...). La vía está libre para una mezcla equilibrada de políticas de la oferta y de políticas de la demanda. Ha llegado la hora del cambio político".

Este conjunto, una vez más, es coherente y los medios políticos para ponerlo en marcha existen. Si se considera en efecto a los quince países de la Unión europea, se constata que la izquierda ejerce el poder en siete países: Francia, Portugal, Reino Unido, Dinamarca, Suecia, Alemania, Grecia y que dirige el gobierno con el apoyo minoritario de partidos de derecha en otros cuatro países: Italia, Austria, Finlandia y Países Bajos. La derecha no está pues en el gobierno más que en cuatro países: Irlanda, España, Bélgica y Luxemburgo, con una participación minoritaria de la izquierda en estos dos últimos países. El gran argumento del aislamiento de la izquierda no se sostiene. El programa europeo de los socialistas podría y debería ser un programa de gobierno. Sin embargo, no es ese programa el que aplican. ¿Porqué?

EL SOCIAL-LIBERALISMO CONTRA KEYNES.

Para responder a esta cuestión (tienen un programa viable y no lo aplican), es interesante reflexionar sobre la dimisión de Oskar Lafontaine /8. La razón inmediata de su partida, es la forma insistente de reclamar una bajada pronunciada de las tasas de interés y de debilitar así el principio sagrado de independencia del Banco Central europeo (BCE). Tenía perfectamente razón al hacerlo, y el caso es que, el BCE, algunas semanas más tarde, le rindió una especie de homenaje póstumo bajando medio punto su tasa directiva, es decir un poco más que lo que se esperaba. Incluso The Economist, que no es sospechoso de simpatías hacia la izquierda, lo reconoció en un editorial titulado "Bravo Oskar": "las tasas de interés estaban demasiado elevadas en Europa (...) y Win Duisenberg, el jefe del BCE, se equivocaba respondiendo que eran históricamente bajas; es quizá cierto para las tasas nominales, pero no para las tasas reales, el tipo de error (o de tentativa de engaño) que se esperaría de un político, pero no de un responsable de un banco central" /9. El verdadero reproche va en realidad contra la idea de fijar

una norma de parte salarial constante, pero este "dada keynesiano", estaremos de acuerdo, no tiene nada de revolucionario. Es incluso la única regla sostenible a medio plazo. La regla avanzada desde el Libro Blanco de Delors era que la progresión del salario fuera inferior en un punto a la de la productividad. Pero si se la prolonga hasta 2040, por retomar el horizonte del informe Charpin sobre las jubilaciones, conduce al resultado absurdo de una parte de los salarios vecina del 40%. Y se ha visto también que la regla salarial propuesta por Lafontaine era retomada por los socialistas a nivel europeo. Es también la única forma de impedir que la rigidez monetaria desemboque en una espiral a la baja de los salarios, como ha comprendido perfectamente la IG-Metall en Alemania.

Los socialdemócratas pueden escudarse en la ausencia de instituciones adecuadas, pero tienen las instituciones que merecen. Es cierto que la construcción europea neoliberal ha dado a luz una única gran institución, el banco central europeo, y que faltan los instrumentos que permitan realizar la coordinación de las políticas económicas, el llamado gobierno económico cuya perspectiva ha evocado Jospin para mejor justificar su aceptación del tratado de Amsterdam. En materia de política social, el famoso capítulo empleo que le ha sido añadido es una farsa siniestra en donde es difícil decir quien se burla de quien. Cuando se mira de cerca la filosofía que inspira los programas para el empleo, se descubre que no hacen más que retomar, con un vocabulario aligerado, las recomendaciones neoliberales clásicas. En particular, la reducción del tiempo de trabajo ha desaparecido y se habla de empleabilidad, de activación de los gastos de empleo, otras tantas etiquetas de izquierda para mercancías bien conocidas.

Se podría aún invocar la sobredeterminación atlántico-mundializada de la construcción europea. El proceso actual de megafusiones al nivel europeo hace aparecer la relativa inconsistencia de un capital que haría de Europa su horizonte, y del euro su moneda. En realidad, este proceso está lejos de seguir líneas maestras comunitarias: los grupos se fusionan a menudo con socios exteriores a la Unión europea (principalmente americanos) más que entre grupos europeos. En este sentido, se verifica que la construcción europea no es el producto lineal de un capital europeo que se habría progresivamente constituido por suma de grupos nacionales. Los grandes grupos europeos están ya mundializados y su horizonte supera las fronteras nacionales de Europa, y escapan hasta un cierto punto a los instrumentos de la política económica.

Pero por más que se busquen circunstancias atenuantes, es necesario constatar que la socialdemocracia está profundamente contaminada por la lógica neoliberal y adherida de hecho a una lógica patronal. Lo que hace imposible la puesta en marcha de un programa eurokeynesiano, es ante todo la ausencia de voluntad política. Si no, es imposible comprender toda una serie de retrocesos. ¿Porqué, por ejemplo, no aprovechar la coyuntura económica y política para "completar" el euro con una refiscalización armonizada de las rentas financieras en Europa?. Se ve claramente que está fuera de cuestión y tenemos en Francia un ministro de finanzas que ha hecho suya la nueva divisa del economista Michel Aglietta: "¡stock options y fondos de pensiones para todo el mundo!".

Contrariamente a lo que afirmaba Alain Lipietz hace algunos meses, no hemos salido de Maastricht /11. Se ha vuelto evidente, al contrario, que el transcrecimiento socialdemócrata (del euro a lo social) no tendrá lugar. Son pues dos ilusiones considerables las que se derrumban simultáneamente. La idea de que el euro era la condición previa para un relanzamiento concertado aparece como una fábula. No había necesidad del euro para este relanzamiento y, incluso con el euro, no se hará. ¿Porqué?. Una vez más, porque el social liberalismo ha integrado la ideología del menos estado, de la bajada de los impuestos obligatorios; está sometido a intereses fundamentalmente hostiles a un crecimiento de los gastos sociales.

Que lo social seguiría automáticamente a la moneda, es otra gran ilusión difundida, principalmente en Italia y en Francia, por una izquierda sin la que, decididamente, el euro no habría franqueado la etapa del comienzo del año. Lo que se comienza a medir es que la prioridad dada a la moneda se opone en todos los planos a la toma en consideración de los objetivos en materia de empleo. Una de las recientes cumbres ha rechazado explícitamente todo objetivo

preciso en materia de paro, cuando los criterios de Maastricht y los del Pacto de estabilidad son cifrados con una absurda precisión. Es otra forma de constatar hasta qué punto la lógica liberal se opone a una determinación democrática de las prioridades económicas y sociales. Se puede incluso sostener que la rigidez monetaria no tiene otra función que obtener más flexibilidad social. Frente a la "necesaria competitividad", los gobiernos no podrán jugar con las tasas de interés, ni con el presupuesto, ni con la tasa de cambio. La única variable de ajuste que les queda es el salario. Hay pues que rechazar absolutamente la tesis de la izquierda "plural" según la cual lo importante es avanzar, cualquiera que sea el método.

RADICALES Y , CONSIGUIENTEMENTE, KEYNESIANOS.

Toda marcha adelante hacia la armonización social pasará por una puesta en cuestión de la prioridad financiera codificada por los tratados de Maastrich y Amsterdam. La posibilidad objetiva de llevar a cabo una política keynesiana tal como la hemos descrito supone que se cumpla una condición previa. Esta condición no es la existencia de una moneda única, sino la puesta en marcha de una ruptura mínima, no tanto con el capitalismo, sino más modestamente con su gestión neoliberal. Definir un modelo social europeo armonizado por arriba, relanzar la demanda y la inversión, definir una política industrial y comercial coherentes, no es ciertamente anticapitalismo, pero es a pesar de todo una orientación diferente al social liberalismo de la izquierda gubernamental.

La conclusión de este análisis se resume en dos afirmaciones: la coherencia keynesiana existe, pero la socialdemocracia ha optado, por razones complejas y duraderas, no aplicarla. Además, las propuestas keynesianas no van suficientemente a la raíz de las cosas y deben pues ser incorporadas y superadas en el seno de un proyecto radical. Se puede continuar interpelando al Partido socialista con el tema: "tenéis el euro, estáis en el poder, nada os impide aplicar vuestro proyecto", pero debe hacerse sin ilusiones y a título únicamente de demostración. En efecto, la socialdemocracia ha abandonado el reformismo keynesiano y este abandono prepara para Europa un futuro de desencanto.

Al mismo tiempo, no podemos contentarnos de ser keynesianos en lugar de los reformistas, pues nos separa una diferencia fundamental . La lógica socialdemócrata consiste en gestionar el capitalismo de forma más social y es lo que explica una cierta fijación en las herramientas económicas. Sin embargo, el presupuesto, la fiscalidad, incluso las nacionalizaciones, no son en el fondo, repetimos, más que medios puestos al servicio de un objetivo autolimitado a una gestión más social. La lógica radical no consiste tanto en proponer otros medios sino otros objetivos. No tiene por objetivo modular el criterio de rentabilidad sino sustituirle por el de la satisfacción de las necesidades sociales. La inscripción de esta lógica en la práctica social pasa por la emergencia de una legitimidad alternativa que cambia radicalmente la perspectiva. Por dar un ejemplo, la imposición de las rentas financieras es una buena cosa, no tanto porque sería un fin en sí mismo (¿la equidad?), sino porque es el medio de adaptar el reparto de las rentas a las opciones sociales mayoritarias, principalmente la garantía del derecho al empleo y a condiciones de existencia decentes (¿la igualdad?).

Es en esta lógica en la que se inscribe el método programático de la LCR tal como ha sido formulado recientemente en el folleto publicado con ocasión de las elecciones europeas. Los extractos del llamamiento de Colonia que citamos (ver recuadro) muestran que este planteamiento está en sintonía con el movimiento social más avanzado.

Maxime Durand.

NOTAS: 1/. Michael Kalecki, "Political Aspects of Full Employment", Political Quaterly, 1943. Este artículo fue reproducido en Selected Essays on the Dynamics of the Capitalist Economy, Combridge University Press, 1971.

- 2/. John Maynard Keynes, Teoría general del empleo, del interés y de la moneda.
- 3/. Francois Hollande, "Entretien", Revue française d'économie. N.3, verano 1998.
- 4/. Le Monde, 6 de febrero 1999.
- 5/. Le Monde, 17 de febrero de 1999.
- 6/. "Devolvedme la tela", traducción de Michel Champfleury.
- 7/. Oskar Lafontaine, "Le temps du néolibéralisme est révolu", Alternatives économiques, n. 158, abril 1998. Este texto es la traducción de una tribuna publicada en Die Zeit del 26 de febrero de 1998.
- 8/. Ver el artículo de Francois Vercammen, "Lafontaine expulsado por el gran capital alemán", Inprecor n.434, abril 1999.
- 9/. "Oskar bravo", The Economist, 20 marzo 1999.
- 10/. Ver el dossier "Monsieur Jospin, voici des idées pour réveiller la France", en L'Expansion del 4 de marzo de 1999.
- 11/. Alain Lipietz, "Nous sommes sortis de la logique de Maastricht", Alternatives économiques, n. 160, junio 1998.

**LAS LUCHAS Y LAS REIVINDICACIONES SE HACEN EUROPEAS.
LLAMAMIENTO INTERNACIONAL DE COLONIA 23-24 ENERO 1999.**

Llamamos a marchar hacia Colonia llevando conjuntamente al menos cuatro grandes exigencias.

- Una renta garantizada individual que permita vivir con dignidad, sin ninguna discriminación de edad, de sexo, de origen, o de cualquier otro tipo.
- La creación masiva de empleos nuevos, social y ecológicamente útiles, no precarios y correctamente remunerados; una reducción del tiempo de trabajo en toda Europa, inmediata y concertada, con las contrataciones correspondientes, sin pérdidas de salario ni de poder de compra, y sin flexibilización; una igualdad de las mujeres y los hombres en materia de trabajo y de renta.
- Una mejora del conjunto de los derechos sociales en Europa, alineándose en cada caso concreto con los derechos más justos para los ciudadanos y ciudadanas.
- Una Europa abierta y solidaria, en dirección a los pueblos del Sur y del Este, sin racismo, sin exclusión ni expulsiones, con derechos iguales y garantizados para todos los residentes, cualquiera que sea su origen.

A la vez que exigimos un derecho al empleo y un derecho a la renta, queremos abrir el debate sobre la necesidad de superar un modelo económico que nos hace dependientes de las dinámicas del mercado y de la competitividad.

